

El génesis de la deconstrucción

De qué luz conjugando los volúmenes, resumen de anatomía,
en qué yunque para tallar el génesis de la *deconstrucción*.

Con qué materia o caligrafía vencer la sombra,
en la mirada, después de un largo vacío al pedernal,
y erguir el torso de bronce del *guerrero herido*.

Ir más allá del hierro y la memoria, del amor,
del mármol que en una *luna nueva*, es catedral,
lleva en los brazos las brasas, el peso en las vidrieras del olvido.

¿En qué umbral de *la casa* está el dolor, la tierra desposeída,
el fuego de la espera que arde sin ser visto?

Frente al tiempo obstinado, el llanto que esculpió la ternura,
los metales oscuros, sobre los que camina *la isla*,
la voz de la desnudez, la usura de la soledad.

Siempre la nieve respira en la levedad del silencio,
y el hombre que se agita en un *caleidoscopio*,
da pasos, hace suyos el abismo y la distancia.

En las manos que mueven los troncos del roble y el abeto,
nace el desmayo, la serena armonía del *hombre bueno*.

Según qué anatomía quede envuelta en la niebla,
según el grito que emita la canción del hierro,
o qué espejos nómadas, recorran las rutas de la reflexión.

Tras la morera en que jugábamos al escondite,
hay frutos prohibidos, orujos de un *arquero de ojos claros*,
el alfa y el omega de madera que resiste el derribo,
la ceguera que tranquiliza al corazón de la noche,
la extrañeza ante un mundo de máscaras y fronteras,
y un niño aterido que sabe que ha perdido el paraíso.

De qué pecho se remansa una *escalera* vencida,
a qué vientre se acerca la orfandad y anula las mordazas.
Qué brazos del abeto y el manzano preguntaron en la retina,
hicieron *resistencia* frente al rumor del acero.
Qué límites hay dentro de la duda del escultor,
la piel del fresno es la verdad enrejada, la soldadura del corazón.
Ir más allá del silbido del ciprés, las riendas invisibles,
atravesar los muros, el cansancio, no volver la cabeza,
cuando en la espalda del *auriga* restalla el poniente.
Entre las manos del *hombre enamorado*, las maseras del manantial,
el rostro dentro de un río donde crece la necesidad, el deseo,
la corriente que se asoma en la alcoba de los náufragos.
Hay un deber desconocido en la escultura en madera de peral,
hay un pájaro que cobijan unas manos y sus venas abultadas,
es pensamiento del alma, es existencia, es retahíla que calla,
quizás es destino, quizás es el vértigo de no poder volar.
De qué metal el despertar de *Laocoonte*, de qué palabras inútiles,
advirtiendo lo que escondía en el vientre el Caballo de Troya,
y morir junto a sus hijos estrangulados por las serpientes.
De qué olmo y pino *el hombre y la máquina* se embravecerán,
en qué agua cercana al rodezno del molino avejentado.
Qué forja de belleza regresa a los desvanes de la infancia,
y el sol abriendo despacio entre sus manos, un libro, el frío.
Siempre amanece en *la Casa II*, el crepúsculo también pasa las páginas.

Jesús Díez. 2009 (Me ha invitado Amancio González a visitar su taller, he ido abrazando una a una sus esculturas. En mis ojos fue surgiendo *el génesis de la deconstrucción*)